

Queridos hermanos y hermanas,

Aquí en Madagascar, los primeros casos de Covid-19 se detectaron el 19 de marzo. Dos de nosotras estábamos en Tana para llevar a la Madre Anne-Marie al aeropuerto. A su regreso a Ampibanjinana, pasaron quince días en la hospedería antes de regresar a la comunidad. Gracias a Dios, ninguna de las hermanas, ni los trabajadores, se vieron afectados por la enfermedad.

Al principio, la comunidad se asustó y estuvo preocupada. Tenemos que salir a Fianarantsoa para hacer las compras y entregar la leche 3 veces por semana. Tomamos muchas precauciones. Sin embargo, hasta junio, la progresión de la enfermedad en la isla parecía estar bajo control. El gobierno se ha tomado las cosas en serio, la comercialización y la distribución a gran escala de té de hierbas elaborado a base de artemisia, está dando resultados. Muchas personas se recuperan de la enfermedad, hay relativamente pocos casos graves. Desde junio, con el frío del invierno, la situación empeoró rápidamente: los casos de contagio eran cada vez más numerosos. Parece que las cifras oficiales están muy por debajo de la realidad.

A pesar de todo, en un país donde la población debe enfrentar grandes desafíos sanitarios, lo más difícil de vivir es el confinamiento. Una multitud de trabajadores del sector informal se encuentran en la indigencia, el cierre de las escuelas deja a los estudiantes inactivos y los maestros ya no cobran nada. Internet está muy poco desarrollado: una pequeña minoría de estudiantes puede seguir cursos en línea. Los cristianos están sufriendo por no poder reunirse en la iglesia desde hace 5 meses. Nosotras tenemos la suerte de poder celebrar la Misa 4 veces por semana gracias a los hermanos de Maromby. Es un gran privilegio que nos anima a vivir la liturgia con renovado fervor. Pero nos sentimos separadas de los miembros de la Iglesia y es doloroso. La ausencia de los fieles, que suelen acudir en gran número, nos hace sentir que realmente somos todos miembros de un mismo Cuerpo. Muchos nos piden que les abramos la puerta.

Desde el punto de vista económico, la situación del país ya era muy penosa antes de la pandemia y ahora las cosas han empeorado. Ya casi no tenemos pedidos de galletas, la hospedería está vacía desde finales de marzo, por lo que ha entrado poco dinero. Con nuestros trabajadores tratamos de crear nuevos cultivos y ganadería para hacer frente a la situación. Estamos muy agradecidas con nuestras casas “madre y padre” que nos han brindado generosamente ayuda financiera. Gracias a esta ayuda seguimos pagando a nuestros obreros que vienen todos los días a trabajar. Cada vez más personas llaman a nuestra puerta pidiendo ayuda; pero no podemos atender a todos. La cancelación de la visita regular a Maromby, el retraso de la llegada de 2 voluntarios que deberían haber venido en junio para ayudarnos, la cancelación de la reunión anual intermonástica y del capítulo general... todo esto nos aísla aún más. Desde el pasado domingo 23 de agosto, el desconfinamiento ha comenzado lentamente, esperemos...

A pesar de todo, aún hay algunos aspectos positivos: el toque de queda ha reducido la inseguridad; las mascarillas y el lavado frecuente de manos son nuevos hábitos de higiene que protegerán a la población no solo del coronavirus, sino también, esperamos, de muchas otras enfermedades en el futuro. El confinamiento crea entre nosotras un tipo de relación distinta a la anterior. Nos prestamos más atención unas a otras, nos sentimos más responsables las unas de las otras.

25 de agosto, las hermanas de Ampibanjinana.